



**JUNTA MAYOR
DE COFRADÍAS Y HERMANDADES
DE LA SEMANA SANTA
DE LEÓN**

**PREGÓN
DE LA SEMANA SANTA
LEÓN 2013**

A cargo de
MONS. JOSÉ MANUEL DEL RÍO CARRASCO

Salón de Actos del Nuevo Recreo Industrial
León, 16 de Marzo de 2013

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo,
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades,
Abades, Presidentes y Juntas directivas de las Cofradías y Hermandades de la Semana Santa de nuestra ciudad de León,
señoras y señores:

Me engendraron para este mundo en la plaza de Santo Martino, a la sombra de la Colegiata-Basílica de San Isidoro; nací para Dios en la pila bautismal de la parroquia de Santa Marina la Real. Mis recuerdos infantiles están unidos al barrio de Santa Marina, con la cárcel vieja, la casona de Víctor de los Ríos, la banda de la *Hermandad de Santa Marta y de la Sagrada Cena*, que sonaba casi todo el año, esperando, con ansia, las procesiones. El “Paso del Descendimiento” de Víctor de los Ríos y propiedad de la *Real Cofradía de Minerva y Vera Cruz* fue una presencia constante en mi infancia.

El Viernes Santo era siempre especial. La posa delante de mi ventana de la procesión de los Pasos del *Dulce Nombre de Jesús Nazareno* y del Santo Entierro, de *Nuestra Señora de las Angustias y Soledad*, en años alternos (que nunca entendí por qué, ahora ya conozco la Concordia de 1830), eran un momento importante en mi itinerario vital. Los pasos más valiosos eran conducidos dentro del patio de la Colegiata, mientras el resto permanecía fuera. Qué privilegio poder

contemplantos de cerca, oler sus flores, tocar las horquetas de los que pujaban marcando el ritmo seco del baile del paso, sentir el perfume de los incensarios humeantes, desear siempre procesionar de papón o monaguillo...

Yo siempre quise ser papón, de banda, redoble y tambor... Pero mi abuela Nati me condujo por otros caminos. Me llevaba a su lado a San Isidoro, día tras día, hasta que, con seis años, comencé a ser monaguillo, a servir al Señor detrás del altar. Imagínense cómo sería yo en aquellos tiempos: decía D. Antonio Viñayo, que en paz descansa, que parecía un “angelote barroco”. Y así, pasando el tiempo, fui poco a poco, dejándome seducir hasta, con doce años, dar el salto al seminario de la carretera de Asturias.

Me encantaba perderme por la calle Pablo Flórez y contemplar, en silencio, a Amado Fernández en su taller de escultura. La verdad es que, con el tiempo, nos hicimos amigos; primero con las miradas, escrutando desde la calle su cuidada ejecución escultórica y, después, con mi gran curiosidad, preguntándole por el más mínimo detalle de su trabajo creativo, las gubias de todos los tipos y tamaños, las mazas y martillos, las lijas y barnices... Siempre me conmovió su pericia artística, que contrastaba fuertemente con su limitación física. Sus piernas inmóviles, los bastones que le sostenían con la fuerza de sus brazos, no le impedían plasmar la belleza en el leño, con sus manos. La copia del “Cristo de los Balderas”, de la *Cofradía de las Siete Palabras de Jesús en la Cruz* o el “Cristo de la Agonía” de la *Real Cofradía del Santísimo Sacramento de Minerva y Vera Cruz* dan testimonio indiscutible de ello.

Sí, lo confieso, me hubiera gustado hacer este pregón de la Semana Santa de León con hermosos versos, como quien me ha precedido, salidos de mi corazón y de mi pluma. Pero no soy poeta, lo reconozco. Y es que la dimensión mística, propia de toda cultura, alcanza cotas de profundidad insospechada en la poesía, que es, por su propia naturaleza, el lenguaje adecuado para expresar lo inefable, el lenguaje del símbolo y de la metáfora. La poesía, cuando no es mero entretenimiento

de salón, es la caja de resonancia de las preguntas últimas acerca del hombre y su destino. El poeta, decía Heidegger, es un portavoz del ser en su dimensión total. Dios, el *ipsum esse per se subsistens*, escapa a toda posibilidad de enunciación y por ello, sólo la poesía, junto con el arte, logran transmitir algo de su misterio más íntimo.

Ninguna forma de arte logrará jamás encerrar la belleza en sus límites angostos. La poesía, sin embargo, tiene ese privilegio único entre todas las artes: que por usar el verbo humano, reflejo e imagen del Verbo eterno, es capaz de mantener vivo en nosotros el deseo del absoluto y de avivar la sed de lo eterno.

Poesía y oración se confunden así a lo largo de la estrecha frontera de la mística. El espectro de la oración, como la poesía, cuando es auténtica, toca los dos extremos de la gama cromática. Desde el violeta oscuro y amargo de la súplica desgarradora, hasta el rojo incandescente de la alabanza gozosa y amorosa del Dios Salvador, misterio inefable de amor para el que sólo el lenguaje del eros y de la pasión es adecuado.

1. Semana Santa

Al final de una mañana primaveral de un año entre el 30 y el 33 de nuestra era, por una calle de Jerusalén – que en los siglos sucesivos llevaría el emblemático nombre de «Vía Dolorosa» – avanzaba un pequeño cortejo: un condenado a muerte, escoltado por una patrulla del ejército romano, caminaba sosteniendo el *patibulum*, es decir, el brazo transversal de la cruz, cuyo tramo vertical ya estaba plantado allá arriba, entre las piedras de un pequeño promontorio rocoso llamado en arameo Gólgota y en latín Calvario, o sea, «Cráneo».

Ésta era la última etapa de una historia ahora conocida por todos, en cuyo centro destaca la figura de Jesucristo, el hombre crucificado y humillado, y el Señor resucitado y glorioso. Era una historia que había comenzado en la tenebrosa oscuridad de la noche anterior, bajo las ramas de los olivos de un campo denominado Getsemaní, que signifi-

ca, «molino de aceitunas». Una historia que se había desarrollado de modo acelerado en los palacios del poder religioso y político, y que había desembocado en una condena a muerte. Sin embargo, la tumba, ofrecida generosamente por un hombre rico llamado José de Arimatea, no sería el último capítulo de la historia de ese condenado, como había sucedido en los casos de muchos otros cuerpos martirizados en el cruel suplicio de la crucifixión, destinado por los romanos al castigo de los agitadores y de los esclavos.

En efecto, habría una etapa ulterior, sorprendente e inesperada: aquel condenado, Jesús de Nazaret, revelaría de modo fulgurante otra naturaleza suya oculta bajo el perfil concreto de su rostro y de su cuerpo de hombre: la de ser el Hijo de Dios. La cruz y el sepulcro no fueron el último capítulo de aquella historia, sino la luz de su resurrección y de su gloria. Como cantaría pocos años después el apóstol Pablo, Aquel que se había despojado de su poder, volviéndose impotente y débil como los hombres y humillándose hasta esa muerte infame por crucifixión, había sido exaltado por el Padre divino que lo había constituido Señor de la tierra y del cielo, de la historia y de la eternidad (cf. *Filipenses* 2, 6-11).

Durante siglos los cristianos han querido recorrer de nuevo las etapas de este camino angosto, un itinerario orientado hacia la colina de la crucifixión, pero con la mirada puesta en la última meta, la luz pascual. Lo han hecho como peregrinos en esa misma calle de Jerusalén, pero también en sus ciudades, en sus iglesias, en sus casas. Durante siglos, escritores y artistas, afamados o desconocidos, se han esforzado por hacer revivir ante los ojos asombrados y conmovidos de los fieles aquellos hechos. Así han surgido imágenes geniales y sencillas, elevadas y populares, dramáticas e ingenuas. Cristos sufrientes, solitarios, Nazarenos, crucificados, flagelados, coronados de espinas, burlados,... Imágenes que León procesiona por sus calles en Vía Crucis solemne, procesional, popular y en el tradicional Calvario o Vía Crucis leonés cantado.

Y esto es lo que pregonamos para esta Semana Santa de la Muy Noble, Leal e Imperial Ciudad de León, que necesita de diez días para ser celebrada, vivida, sentida, rezada y procesionada. Y así es como el pueblo de León avanza a lo largo de este itinerario, no para hacer simplemente memoria histórica de un suceso pasado y de un difunto, sino para vivir la realidad de un acontecimiento áspero y duro, pero abierto a la esperanza, a la alegría, a la salvación. Tal vez a nuestro lado encontraremos también personas que aún están en fase de búsqueda, avanzando con la inquietud de sus interrogantes. Y mientras caminamos, etapa tras etapa, a lo largo de esta senda de dolor y de luz, resonarán nuevamente las vibrantes palabras del apóstol san Pablo: «La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ... ¡Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!» (*1 Corintios* 15, 54-55.57).

2. La Virgen Dolorosa

Por todos los caminos de Palestina, Jesús ha despertado esperanzas de una vida nueva; ha curado enfermos; ha levantado ánimos decaídos; ha invitado a vivir de una forma distinta; ha anunciado la liberación de Dios a los pobres y sencillos que lo buscan; ha combatido la mentira y la cerrazón; ha querido hacer entender que Dios quería a todos, también al pecador, animando a la conversión; deseaba convencernos que Dios, su Padre Dios, es total y únicamente amor: un amor capaz de transformar el mundo, nuestro propio mundo, si le abrimos el corazón...

Pero, al mismo tiempo, Jesús ha chocado con todos aquellos que se sentían dueños de la religión, o dueños de las vidas de los demás. Los dirigentes religiosos, en colaboración con los representantes del poder romano, han decretado la eliminación de aquel hombre: estorbaba a sus intereses y era peligroso. Así, lo han detenido, lo han torturado, lo han condenado a muerte y lo han ejecutado clavándolo en una cruz allí, en aquel montículo preparado para el suplicio, fuera de la ciudad...

Junto a la cruz, acompañándolo en aquel trance, han quedado muy pocos amigos: algunas de las mujeres que iban siempre con él; Juan, el discípulo amado; y María, su madre. María no podía faltar. Más de una vez le ha costado entender lo que hacía su Hijo. Poco a poco, lo ha ido comprendiendo algo mejor, bajo la acción del Espíritu con el que meditaba en su corazón todo lo que decía Jesús. Y él mismo, últimamente, venía ya anunciando a sus discípulos lo que le iba a pasar: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y, después de muerto, a los tres días resucitará». Sus discípulos, sin embargo, «no entendían aquello y les daba miedo preguntarle». Ellos estaban en otra dimensión, esperaban otra realidad más acorde a los criterios de este mundo: como aquellos que piensan que sólo desde arriba, desde los puestos influyentes del poder, se puede hacer algo para arreglarlo todo y progresar. Por eso discutían entre ellos. «¿Y quién será de nosotros el más importante cuando Jesús por fin triunfe y establezca su reino?». El caso es que Jesús les da otras claves para que mirasen en la dirección correcta, aquella en la que mira Dios, y ayudarles así a entender quién es el importante, el más importante en el Reino de Dios. «Quien quiera ser el primero, que sea el último y el servidor de todos. Y, acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: el que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado». Era la estrategia de Dios frente a la soberbia humana: situarse en lo más bajo, para poder abrazar a los débiles e indefensos. Aquellos que son excluidos y marginados en los reinos de los hombres.

María sí comprendía este mensaje. Lo sabía por propia experiencia. Ella misma se turbó, cuando fue saludada por el ángel, haciéndole ver cómo Dios se había fijado en ella, una simple muchacha de un pueblo olvidado, para hacerla madre de Dios. Y luego, al meditarlo con más sosiego en su corazón, pudo intuirlo y cantarlo en un cántico ante su prima Isabel. «Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava... Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece

a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos... ¡se acuerda de su misericordia!». Ella lo comprobó, una y otra vez, a medida que se iba manifestando el misterio de su Hijo: tener que nacer en un establo; ser reconocido por los pastorcillos y algunos sabios extranjeros, o por aquellos pobres como Ana y Simeón que seguían aguardando, en verdad, la salvación, mientras los entendidos y los poderosos de su pueblo lo rechazaban, obligándole a huir desde pequeño. Y ya adulto, cuando empezó a predicar, le ridiculizaban o le criticaban... precisamente ellos, los que se tenían por piadosos y justos, los únicos con derecho a la salvación, mientras se aferraban al dinero y al poder. Y todavía, en los últimos días en Jerusalén, ser abandonado por la gente o los discípulos que sólo buscaban solucionar sus vidas a costa de los milagros fáciles que les llenaban el estómago o les quitaban los problemas de encima...

Por eso, el dolor de la Virgen es intenso, pero no desesperado; es inmenso, pero está henchido de esperanza... Sabe que Dios tiene la última palabra... Por eso, sus lágrimas corren serenas, con el mismo temple y serenidad con que su Hijo se ofrece en medio del dolor y se entrega totalmente en aquel suspiro fuerte dirigido a Dios, pero derramado finalmente sobre todos los hombres cuando, inclinando la cabeza, expiró. «Todo está cumplido ya. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». María, bajo la cruz, se ha embebido de ese último aliento del amor hasta el extremo de su Hijo y nos lo ha guardado y nos lo quiere exhalar cuando sufrimos, cuando no encontramos la salida, cuando la vida se pone difícil, cuando tenemos que padecer por causa de la justicia, de la enfermedad o de las desgracias que nos rondan y amenazan... Justo para que lo sepamos soportar, como ella, en el amor. Sí, ella, bajo la cruz, ha sabido mantenerse con entereza y lucidez como mujer fuerte, entrenada en las fatigas y el dolor. Una madurez fraguada en el aguante y la paciencia, sin perder jamás la esperanza, y en esa alegría profunda, honda del corazón, de quien se sabe poner y estar, como su Hijo, en manos del buen Dios. Y es que se está ya disponiendo como madre que ha de sostener con ese amor de Cristo, en ese amor de Dios, a los hijos

que acudan a ella buscando protección y coraje, esperanza y salvación... en medio de las dificultades, las desgracias y el dolor.

Por eso, en este momento, ante la ceguera del mundo, ella sabe que allí, en aquella cruz, en aquel dolor, se hace presente, con más fuerza que nunca, el amor de Dios y su salvación. Sí, con aquel Hijo de sus entrañas que muere crucificado, como el peor de los malhechores y que, sin embargo, es el Hijo mismo de Dios, se rompe toda la lógica de las pretensiones humanas. La lógica y los cálculos en que se mueven los hombres para lograr sus propias ambiciones, hechos añicos ahora por la locura del amor sabio de Dios. Un amor atento, sobre todo, al clamor de los que piden justicia ante la injusticia; de los más indefensos que, ante la opresión o la prueba del dolor, se dirigen a Él como salida y solución. Y Dios, ese Dios amor infinito, siempre está ahí, aunque a veces responde de un modo inesperado, tan sorprendente como desconcertante es su misericordia. ¡La entrega de su propio Hijo al oprobio, a la vergüenza, al desprestigio más total y al suplicio de la cruz!

Aquello era una tragedia terrible para Jesús, para María, para las otras mujeres y los amigos que están junto a la cruz, para los mismos discípulos que han huido espantados y aterrados... Para todos es desconcertante pero María, como siempre, medita en su corazón de madre y discípula fiel: obediente al proyecto de Dios, que sabe lo que se hace y elige lo mejor para conseguir ese Reino, esa situación nueva y liberadora por la que Jesús siempre luchó, movido por el Espíritu.

Sí, ungido por el Espíritu que sabe lo que agrada a Dios, Jesús, ese Jesús que moría en la cruz, era el Mesías que invitaba a entrar en un nuevo Reino, una nueva situación donde se impusiese el infinito amor de Dios. Y, al no conseguirlo con su palabra y con sus signos prodigiosos, en silencio y sin protestar, con mansedumbre y humildad, se entregó a la muerte por todos, para conseguir ese Reino, el reino del amor de Dios que fue siempre lo único que de verdad le interesó. Jesús no quería levantar heridas, sino sanar; no había venido como líder o cabecilla de una revolución enfrascada, de nuevo, en el círculo maldito, en la lógica diabólica de responder a la violencia con otra violencia. No quiso impo-

nerse desde arriba, pasando sobre los más débiles, como hacen los que calculan los destinos del mundo según su propia ambición. No lo hizo bajo el esquema frío de la evolución, donde termina dominando sólo el más fuerte, sin contar para nada el desecho dejado atrás. Lo hizo desde el amor, que nunca se impone por la fuerza, ni desde la ley del que más puede. Un amor, ¡oh maravilla!, que se acerca con preferencia al que está debajo, soportando el olvido y la marginación de los únicos que cuentan. Sí, él había venido a abrazarse con el destino de los últimos que, sin embargo, son los primeros para Dios. Por eso, con valentía y coraje, con paso firme y decidido, con libertad plena y consciente, llena de amor a todos los hombres según los quiere Dios, ha aceptado su destino. Viene a Jerusalén sabiendo lo que iba a encontrar: ser aplastado por el aparato de aquellos que quieren eliminar al que molesta y estorba sus planes o amenaza el montaje en que sostienen sus vidas. Y Dios, entonces, en un gesto inaudito de su misericordia, esa misericordia cantada desde antaño por la Virgen de Nazaret al quedar embarazada del mismísimo Hijo de Dios, no sólo atiende el lamento de aquellos de los que siempre se abusa, sino que comparte su destino desgraciado para transformarlo en salvación por el amor.

Sí, como ha venido anunciando, allí está su Hijo, el Hijo de sus entrañas y el Hijo mismo de Dios, entregado a manos de los hombres sin piedad que pisan al más débil para poder subir, esos que pretenden así conjurar el peligro de tener que bajar... Pero Dios sale siempre victorioso y, precisamente aquél cuya memoria pretendían así borrar, «resucitará a los tres días» y enaltecerá a los humildes que no tenían salida; a todos los condenados a muerte por la soberbia que el Maligno inoculó en el corazón humano, tratando de torcer, desde el principio, el proyecto de Dios... Un Dios que nos creó para reinar sobre toda su Creación. Una Creación para el disfrute de todos, de todos los hombres y mujeres, de toda raza y condición, que no son esclavos sino hijos, hijos del mismo Dios. Unos hombres y mujeres dotados por el Creador de un corazón capaz de reconocer el bien y vivir en el amor, sabiendo que no es para las cosas que lo pueden esclavizar, sino para aquél que con su Verdad nos

hace capaces de libertad. Allí, en aquella cruz, en aquel dolor, se encierra el secreto de la sabiduría de Dios para liberarnos de toda opresión. Un secreto que estallará e irrumpirá como la gran noticia de Dios sobre todos los pueblos, en la mañana de Pascua, sin que nadie logre ya apagar, a lo largo de los siglos y a lo ancho del planeta, el eco sonoro de la mejor proeza de su amor.

3. León y la Virgen sufriente

Así León inicia su Semana Santa con el dolor, Viernes de Dolores. Es la Reina de León, la antigua Virgen del Camino, “Nuestra Señora del Mercado” de autor anónimo del siglo XV, la que abre cada año las celebraciones. También es ella quien cierra y articula los misterios pascuales, con el gozo de la resurrección, en la Procesión de el Encuentro, de la *Real Hermandad de Jesús Divino Obrero*.

Miradas, saludos, reverencias, encuentros...

El *primer encuentro* viene escenificado cuando “Nuestra Señora del Mercado” se detiene ante su Hijo crucificado, el Cristo de la Victoria de la calle Ancha. De nuevo el dolor hecho canto: “Salve Madre Dolorosa, triste Reina...”.

Dolor y esperanza, Sábado de Dolores, representación de los dolores de Jesucristo, y su Madre, como “Virgen de la Esperanza”, de la *Sacramental y Penitencial Cofradía de Nuestro Padre Jesús Sacramentado y María Santísima de la Piedad, Amparo de los Leoneses*, le acompaña con sus cofrades, en silencio, por el León antiguo. *Segundo encuentro* con su Hijo ante el Cristo de la Victoria.

Por la tarde, en la Procesión de la Hermandad de la *Real Hermandad de Jesús Divino Obrero*, “La Virgen de la Soledad con las dos Marías”, las amigas fieles que comparten su dolor.

El Domingo de Ramos la Virgen se viste de gala y procesiona con su Hijo de la *Cofradía del Cristo del Gran Poder*. María intuye, en su corazón, los padecimientos que le esperan en Jerusalén.

La “Virgen de las Lágrimas” de *Nuestra Señora de las Angustias y Soledad*, sale a las puertas de Santa Nonia para ver pasar a su Hijo, en el *tercer encuentro*, en su representación del “Dainos” de la *Orden Franciscana Seglar* en colaboración con la *Cofradía del Santísimo Cristo de la Expiración y del Silencio*.

El luto leonés, con su indumentaria tradicional, acompaña este día a “Nuestra Madre de la Divina Gracia” de la *Cofradía de Nuestro Señor Jesús de la Redención*.

El Lunes Santo, en la Procesión de la Pasión, fruto de la hermandad de tres cofradías, podemos acompañar en el dolor a la “Virgen de las Angustias” de Juan de Angers y a la “Virgen de la Piedad” de Luis Salvador Carmona, pasión, dolor contenido... y sólo estamos empezando.

La “Madre de la Paz”, de Amado Fernández, de la *Cofradía del Cristo del Perdón*, el Martes Santo, nos da una pequeña tregua con el perdón y el indulto de un penado, todo gracias a la entrega de Cristo en el suplicio de la cruz.

Nuestra Señora de las Angustias y Soledad realiza en ese mismo día la Procesión del Dolor de Nuestra Madre. “Nuestra Señora de las Lágrimas”, “Virgen de las Angustias”, “Virgen de la Soledad”: hermanos y hermanas de la cofradía pujan con pasión y sentimiento contenido todo el misterio del dolor de la que dio al mundo a su Salvador para verlo sufrir, masacrado en el patíbulo del dolor.

Nos acercamos al Triduo Pascual de la Semana Santa. El Miércoles Santo, León acompaña a la Paloma, la “Virgen de la Amargura” con la *Real Cofradía de Minerva y Vera Cruz*, en la procesión penitencial que rememora la tortura de Jesucristo y el sufrimiento de la Virgen María, y a “Nuestra Señora de la Veracruz”. Ya nos había preparado a estos sentimientos marianos la *Cofradía de la Agonía de Nuestro Señor* procesionando al “Jesús del Vía Crucis” camino del Calvario.

La mañana del Jueves Santo nos reconforta con un mensaje esperanzador, las Bienaventuranzas; y es precisamente María la primera

destinataria del dichoso destino del creyente. Las hermanas de la *Cofradía Santo Cristo de las Bienaventuranzas* pujan con dulce esfuerzo dos imágenes de María, “Nuestra Señora de la Piedad” y la “Virgen de la Pasión”.

De nuevo la esperanza en el día del amor fraterno, de la institución de la Eucaristía y del sacerdocio ministerial. La *Cofradía de María del Dulce Nombre* nos invita en esta tarde a la Procesión de María al pie de la Cruz, camino de la Esperanza. “Nuestra Señora del Camino”, con su Hijo muerto entre los brazos, viene portada con reverencia penitencial por las hermanas de la Cofradía, así como la novedosa “María Santísima del Dulce Nombre y S. Juan Evangelista”.

El Jueves Santo, tras la Procesión de la Sagrada Cena, presenciamos el *cuarto encuentro* de la Virgen con su Hijo, el del *Gran Poder*, acompañada de Marta y María, que la sostienen en su sufrimiento con la esperanza puesta en la vida que resurge, como ya experimentaron personalmente en la resurrección de su hermano Lázaro.

Sí, el Viernes Santo, día de muerte, vive León el *Encuentro* por antonomasia, que es el *quinto* de la Semana Santa legionense. Procesión de los Pasos, de la *Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno*: en la plaza Mayor es “San Juan” quien se encuentra con la “Dolorosa”, la “Pena bonita”, la Reina de los cielos, en presencia de su Hijo el “Nazareno” y, al son de las músicas más desgarradoras, le ofrece su filial devoción y adoración.

Y es que san Juan, el Discípulo Amado, es protagonista con María por deseo expreso de su Hijo en la cruz. Jesús mira a los que quedan junto a la cruz. Se han ido retirando los curiosos (¡todo está ya visto!)... También se han ido los que se han cansado de burlarse. Sólo quedan los soldados, que estaban para vigilar, y el grupo de los íntimos que no le han fallado. La mayoría mujeres, precisamente. Y ve al discípulo que le ha seguido hasta el final. Es el único que le ha quedado, de aquellos que eligió para que estuviesen siempre con él; de aquellos que llamó para compartir su misión; de aquellos que, en principio, lo

dejaron todo para seguirle, pero que, ante la cruz, se han echado atrás. Sólo Juan estaba allí, al pie de la cruz, junto a María su madre.

Era su apóstol más joven. Pero el más maduro en el amor. Y es que, desde que lo conoció, era de los pocos que había aprendido a mirar para ver más allá de las apariencias; de los pocos que habían logrado pasar de la admiración por el milagro a la meditación de sus palabras. Era el que más se había decidido a compenetrarse con Él por dentro, mejor que seguirle sólo por fuera. Un corazón joven que, más allá del simple entusiasmo por él, se había habituado a compartir sus sentimientos. Y, por eso, ahora estaba allí, demostrando su compromiso. En él pesaba más el amor que los miedos; podía más la fe que las dudas. Sí, al menos éste permanecía fiel, hasta el final. Y allí estaba, ¡precisamente, con María, su madre! Aquella que, desde el principio, también se había acostumbrado a guardar todo lo referente a Él en el corazón... y, luego, lo meditaba, tratando de entenderlo. Por eso, no podía faltar, a pesar del dolor. Esa terrible cruz de su Hijo no podía ser sólo cosa de los hombres, sino también de Dios. Y ella estaba allí: tratando de entender la mejor lección de su Hijo, frente a tanta ceguera. Una lección que destrozaba todas las lógicas del mundo y que sólo podía ser entendida con un corazón habituado a Dios. Jesús vio en ellos la mejor imagen de cómo tenía que ser su Iglesia: ese recinto materno de los hijos de Dios.

Por eso, dirigiéndose a su madre, la llama *mujer*. Y es que era ése el nombre de Eva, la madre de los vivientes. Aquella que fue destinada a ser madre de todos los que nacerían para ser hijos de Dios. Pero aquella primera madre, que salió reciente de las manos del Creador, no estuvo a la altura de su misión. Junto al árbol que podía dar la experiencia del bien y del mal, se dejó seducir y cayó. Por eso, Dios prometió enseguida otra mujer. Una nueva Eva que no se dejaría engañar y se mantendría firme. Una nueva madre de otra descendencia: la de los hijos perdidos y buscados que, en su regazo, vuelven a serlo de Dios. Y es ahora, cuando se cumple la promesa. Jesús, que se hizo don en la cruz, concedió primero el perdón a sus enemigos; luego, el

paraíso al malhechor; y, ahora, entrega su madre a Juan. Es su forma de darla como madre a todos los que le sigan como Juan: *Mujer, ahí tienes a tu hijo*. Ésa es ya su misión: ser madre de todos aquellos que quieren ser hijos de Dios. No lo olvidemos nunca, hermanos. Porque, si hermanos somos, es porque somos esa nueva descendencia de quien es, desde entonces, Madre de la Iglesia. Ella nos cuida y nunca abandona su misión. Junto a cada cruz, acude solícita, a pesar del dolor. Ojalá y, entonces, sepamos ponernos a su lado, como Juan. Para poder comprender el amor encerrado en la cruz; para poder entender la sabiduría de Dios...

Llegamos al “Santo Entierro”, la tarde del Viernes Santo, que este año impar procesiona la *Real Cofradía de Minerva y Vera Cruz*. “Virgen de la Piedad”, de la “Amargura” y de la “Soledad”, la Virgen guapa, que por las angostas calles del Barrio Húmedo bajo su palio de plata, el primero de la Semana Santa leonesa, llora la muerte de su Hijo que es depositado en el sepulcro.

La *Cofradía del Santo Cristo del Desenclavo* nos hace revivir, precisamente, el Sábado Santo, el acto del desenclavo de Cristo y su deposición en la urna portada al efecto por el Barrio de Santa Marina.

El *Sábado Santo* concluye con la invitación que la *Real Hermandad de Jesús Divino Obrero* cursa a todos los leoneses para acompañar, con las tres Marías, a la Virgen en su Soledad.

La Procesión Camino de la Luz de la *Cofradía del Santo Sepulcro* – *Esperanza de la vida*, nos anticipa ya el gran acontecimiento de la noche santa de la Pascua, entregando el fuego para la vigilia pascual a tres lugares significativos de la ciudad.

Y así, hemos llegado al final de esta historia de sufrimiento esperanzado que concluye en nueva vida para toda la humanidad. Es el *último encuentro* de esta Santa Semana. De nuevo la Virgen, San Juan y Cristo resucitado, que con su victoria transforma el luto en vestidura de fiesta y hace volar las blancas palomas como símbolo de la nueva vida que se extiende a todos los hombres.

4. Para terminar

Con palmas en nuestras manos, entramos en esta semana grande de nuestra fe, aclamando al verdadero Mesías que traería la paz. Unas manos que tomarán cirios encendidos en la noche santa que se acerca, para romper toda oscuridad con el esplendor de luz pascual; para confesar con solemne convencimiento nuestra fe; para recibir al que vuelve del Padre, vencida la muerte y el pecado, a mostrarnos sus manos llenas de gloria y darnos su Paz. En ellas nos muestra también el destino de las nuestras, si sabemos llenarlas de buenas obras; si sabemos gastarlas en lo que merece la pena: eso que queda al final y para siempre, sin que ni la muerte ni nadie nos lo pueda ya arrebatarnos... ¡porque es lo destinado a las manos de Dios, cuando le devolvamos ese aliento suyo que late en cada uno de nosotros, para madurar en el amor!

Pregoneros de la Semana Santa Leonesa

- 1970 – Luis Alonso Luengo.
1971 – Antonio Briva Miravent.
1972 – Ciriaco Pérez Bustamante.
1973 – Luis María de Larrea y Legarreta.
1974 – Ángel González Álvarez.
1975 – Millán Bravo Lozano.
1976 – José Anta Jares.
1977 – José María Suárez González.
1978 – Fernando Salgado Gómez.
1979 – Antonio Viñayo González.
1980 – Alfonso Prieto Prieto.
1981 – Fernando Sebastián Aguilar.
1982 – Manuel Núñez Pérez.
1983 – Juan Morano Masa.
1984 – Juan Carlos Villacorta Luis.
1985 – Lorenzo López Sancho.
1986 – Fernando Onega.
1987 – Eduardo T. Gil del Muro.
1988 – Gregorio Peces Barba.
1989 – Jesús Torbado.
1990 – Jesús María Javier Ortás.
1991 – Antonio Viñayo González.
1992 – Arsenio Lope Huerta.
1993 – Luis Pastrana Giménez.
1994 – Victoriano Crémer Alonso.
1995 – Antonio Vilaplana Molina.
1996 – José Magín González Gullón.

- 1997 – Luis del Olmo Marote.
1998 – Fernando Llamazares Rodríguez.
1999 – Antonio Trobajo Díaz.
2000 – Antonio Vilaplana Molina.
2001 – Francisco Javier Martínez Fernández.
2002 – Javier Caballero Chica.
2003 – Domingo Montero Carrión.
2004 – Inés Prada Martínez.
2005 – Felipe Fernández Ramos.
2006 – Nicolás Miñambres.
2007 – Bernardo Velado Graña.
2008 – Máximo Cayón Diéguez.
2009 – José-Román Flecha Andrés.
2010 – Jorge Revenga Sánchez.
2011 – Carlos Amigo Vallejo.
2012 – Mario Díez-Ordás Berciano.

